

LA ECOLOGÍA MONETIZADA<sup>1</sup>

Cuando Thomas Malthus escribió el «Ensayo sobre el origen de la población» señalando una eterna pugna entre un crecimiento de la población exponencial y un mucho más lento crecimiento en la producción de alimentos, tenía una agenda política: descartar cualquier proyecto igualitario para la sociedad humana. La furiosa y elocuente respuesta de William Hazlitt, en nombre de «todo el saber, o la virtud o la libertad», es el pistoletazo de salida para un debate que ha mantenido su fecundidad. Hoy en día, el contenido ideológico de las posturas ha sido invertido: los verdes liberales de izquierda son quienes advierten del agotamiento de los recursos; los defensores del crecimiento virtuoso del capitalismo es más probable que sean directivos ejecutivos. Bjorn Lomborg, firmemente posicionado entre los últimos, se propone debilitar a los maltusianos modernos de hoy y aplacar todas las preocupaciones al respecto. El ingenio de la sociedad humana y el dinamismo del capitalismo contemporáneo remontarán cualquier límite relativo a nuestra provisión de alimentos. Los fatalistas, como Malthus, Al Gore o Greenpeace, son sometidos a una exhaustiva y desgastante polémica a lo largo de 500 páginas y 3.000 notas: han tergiversado los hechos. Las cuestiones abordadas en el libro –la demografía, las existencias de grano y de pescado, el combustible fósil, la deforestación, la polución del aire y del agua, la extinción de especies, el calentamiento del planeta– son tan variadas como monótona es su estructura argumentativa: la economía prospera, la contaminación está bajo control, los pesticidas son prácticamente inocuos, la biodiversidad no está amenazada y finalmente, pero no menos importante, el efecto invernadero no supone una amenaza relevante.

En el prefacio, Lomborg reconoce su deuda intelectual hacia el último ciclo del debate maltusiano: una entrevista con Julian Simon en la revista *Wired*. Simon defiende que el crecimiento de la población ha llevado a un perfeccionamiento de los indicadores materiales y medioambientales: un tema presente en su trabajo desde que publicara *The Ultimate Resource* (1981); libro elogiado por Hayek. La historia intelectual de Lomborg

---

<sup>1</sup> Bjorn LOMBORG, *The Sceptical Environmentalist: Measuring the Real State of the World*, Cambridge, Cambridge University Press, 2001.

guarda un sorprendente parecido con la de Simon. Gurú del marketing y de la gestión empresarial de la década de 1960 con opiniones maltusianas acerca de los peligros del crecimiento de la población, a Simon se le vinieron abajo sus ideas –y según cuenta, su prolongada depresión– gracias a un estudio de los datos disponibles. En la segunda edición del libro, los ataques que había provocado le llevaron a defender sus credenciales ecologistas: «no me gusta matar a las arañas ni a las cucarachas, preferiría ahuyentar a las moscas antes que tener que matarlas». Lomborg tiene un pasado como estadístico. Después de estudiar las conclusiones de Simon –que al principio interpretó como simple «propaganda de derechas»– él también dio un vuelco a sus ideas acerca del estado del deterioro medioambiental. Sin embargo, Lomborg es agudo al evitar el error observado en Simon, que es encasillado por su credo político, y se defiende de antemano: como vegetariano confesado y como antiguo «miembro del ala izquierda de Greenpeace», los lectores están advertidos para no rechazar su trabajo factual basándose en simples fundamentos políticos.

Tanto Simon como Lomborg lamentan la obsesión mediática con las malas noticias y con los escenarios de catástrofe, pero la última conversión damasquina parece haber procurado un gancho periodístico vital: desde *Politiken* y *The Guardian* a *The Economist*, pasando por *The Washington Post*, las implacables «buenas noticias» estadísticas de Lomborg han recibido la máxima publicidad. Después los ecologistas y los científicos han devuelto el golpe. Las reseñas, entre las que destacan las cuatro publicadas en la *Scientific American*, fueron elaboradas teniendo en cuenta los temas abordados por Lomborg. De hecho la disputa suscitada por el derecho de réplica y de reedición de Lomborg rápidamente tomó un tono ácido que salpicó a otras páginas y sitios web. El sitio de Lomborg en Internet, *www.lomborg.com*, fue contestado con el sitio *www.antilomborg.com*; un privilegio normalmente reservado a los políticos y a las grandes corporaciones. Indudablemente ha tocado un nervio al proclamar haber revelado las incongruencias que sostienen la «industria» medioambiental.

*The Sceptical Environmentalist* tiene el aspecto, el aire y el estilo de la prosa burocrática de un libro de texto de economía o de sociología («Debemos tratar con cuidado los problemas, priorizar razonablemente, pero no preocuparnos exageradamente»). Tablas, gráficos y esquemas clasificadores, ilustran cada paso de la argumentación. Cada capítulo comienza recitando «la letanía»: las investigaciones medioambientales clásicas, los panfletos activistas y los medios de comunicación que profetizan la crisis inminente. Seguidamente Lomborg despliega una selección de fuentes –a modo ilustrativo, los organismos de investigación de la ONU, de Estados Unidos, de la UE–, con el objetivo de refutar las afirmaciones exorbitantes y colocar el resto dentro del aplaudido contexto de los análisis de coste-beneficio. Al igual que hace Simon, desmonta con éxito partes de *The Population Bomb* (1968) de Erlich y *Limits to Growth* (1972) de Meadows; las predicciones de un aumento de los precios y de la hambruna planetaria no han sido corroboradas por los hechos.

Lomborg juega sus cartas por orden de contundencia, empezando con el crecimiento medio del bienestar humano y la disponibilidad global de recursos. Una población que ha aumentado de menos de 3.000 millones a más de 6.000 millones de personas en cincuenta años ha continuado disfrutando de un crecimiento de la esperanza de vida y de una disminución de las enfermedades infecciosas incluso, como Lomborg se esfuerza en demostrar, en los países en vías de desarrollo. La tendencia a la expansión de los cultivos más importantes y el aumento en el uso de fertilizantes y pesticidas han sepultado las predicciones maltusianas sobre nuestra provisión de alimentos. La producción agrícola ha superado constantemente el crecimiento de la población, llevando a un aumento del 23 por 100 en la ración de alimentos per cápita desde 1961; en los países en vías desarrollo, el volumen de la producción per cápita ha aumentado un 52 por 100. Acerca de la radicalmente desigual distribución, defiende que tanto el porcentaje como el número absoluto de personas con hambre en el mundo en desarrollo han caído desde 1970. El hecho de que en el África subsahariana la ínfima disminución producida en esta proporción esté disimulada por un gran incremento en el número absoluto, se esfuma detrás de un simplificado «velo de ignorancia» rawlsiano. Si hubiera que elegir entre vivir en un país donde 500.000 personas de una población de 1.000.000 mueren de hambre y otro en el que lo hacen 499.999 personas de una población de 500.000, elegiríamos el primero; aunque únicamente el número relativo tenga un peso moral.

La perspectiva que ofrecen los recursos no renovables tales como los combustibles fósiles se dibuja igual de resplandeciente. Las habituales predicciones desde la década de 1970 de que nos quedaríamos sin petróleo dentro de diez o veinte años se han visto refutadas por el avance tecnológico registrado. Lomborg muestra que las reservas disponibles actualmente de los combustibles más importantes se han ampliado en una proporción más elevada de lo que lo ha hecho el consumo; consecuentemente los precios no han dejado de caer. Y por si no bastara, los costes de producción de las energías renovables –energía solar y eólica– están menguando a un ritmo que las hará competitivas en cincuenta años. La necesidad global de energía ya podría satisfacerse sólo con cubrir de células solares el 2,6 por 100 del desierto del Sahara.

Al menos en el mundo desarrollado, la gran mayoría de los agentes contaminantes –desde las emulsiones producidas por la combustión de carbón hasta los fosfatos orgánicos– ha ido disminuyendo durante gran parte de la segunda mitad del siglo xx. Lomborg se inclina en la dirección de la regulación –la London Clean Air Act, los tratados internacionales sobre la lluvia ácida y la capa de ozono–, pero la mayor parte de su relato apela al crecimiento económico y al avance tecnológico. El aumento en la incidencia del cáncer no se atribuye a los fertilizantes o a los pesticidas, sino al envejecimiento de la población y a una mejora en la atención generalizada. Ésta es, quizá, la sección más pormenorizada del libro, dado que la epidemiología es, en muchos sentidos, un campo estadístico y Lomborg

aporta un minucioso examen de la metodología científica y de las regulaciones existentes, con una visión de conjunto de una selección de estudios que muestran que las muertes debidas al cáncer, atendiendo a cada edad, están disminuyendo a escala global. Los cancerígenos artificiales se comparan a los mucho más frecuentes e indiscutiblemente más tóxicos que se producen de modo natural; fija las víctimas mortales en Estados Unidos a causa de cancerígenos artificiales en 20 personas al año. Dentro de las constricciones impuestas por el sistema económico actual, Lomborg es capaz de articular el clásico dilema regulador. Si fuésemos a embarcarnos en una transición hacia los alimentos orgánicos —el gobierno danés estima que esto costaría un 3 por 100 del PIB—, la subida de los precios recaería sobre el consumidor, el descenso resultante en la cantidad de fruta y de verduras ingeridas aumentaría las muertes de cáncer y la pérdida en la productividad agrícola llevaría a una mayor deforestación.

La alarma ecologista sobre el agotamiento de los recursos no renovables y sobre los peligros de la contaminación, que al principio se encontró con la negación rotunda de los gobiernos y de la industria, a la larga ha inspirado sofisticados órganos de investigación científica. Sin embargo, las conclusiones científicas acerca del recalentamiento del planeta continúan siendo lamentablemente insuficientes a la hora de prescribir medidas. Lomborg acepta la realidad de un aumento de las temperaturas producido por la acción del hombre, pero cita nuevos estudios —principalmente sobre el «efecto iris», consistente en la formación de nubes frías por el aumento de la temperatura del mar— para sembrar la duda sobre su posible alcance. El descenso en los costes de la energía renovable junto con estos efectos mitigantes asegurarán, según su punto de vista, que el aumento no superará los 2°C y que se estabilizará después del año 2100. Esto debería evitar otro tipo de cambios mayores del sistema climático y producir simplemente un pequeño ascenso en el nivel del mar. La adaptación a este cambio tiene un coste estimado de 5 trillones de dólares, en su mayor parte destinados al mundo en vías de desarrollo, que recibiría el peor golpe; el mundo desarrollado podría aspirar a un éxito de la economía en red. Las políticas para prevenir o revertir el cambio climático —incluso la implementación del absolutamente inconsistente Protocolo de Kyoto— supondrían entre 3 y 33 trillones más que lo anterior (dependiendo de cómo fueran implementadas). Una vez más, el análisis coste-beneficio anuncia que el proceder racional es la adaptación, sin ninguna aportación extra de fondos destinados a proveer agua potable y educación en el mundo en vías de desarrollo.

El apoyo de esta entusiasta valoración, capítulo tras capítulo, se encuentra en la presunción de la existencia de una correlación constante entre el acelerado crecimiento económico y la caída en la tasa de nacimientos, lo cual conduce holgadamente (quizá sin esfuerzos) al uso de combustibles y de tecnologías limpias. Lejos de ser un escéptico, Lomborg demuestra ser un verdadero creyente, sus expectativas para los pobres del planeta se sostienen en una fe ciega en la reestructuración neoliberal: «nos hemos

hecho cada vez más ricos, en primer lugar, porque nos hemos organizado fundamentalmente en una economía de mercado y no porque hayamos estado preocupados». Lomborg se apoya en el Banco Mundial para algo más que para las estadísticas: también le proporciona sus herramientas para el análisis político. El «problema africano» recibe el diagnóstico –el mal gobierno– y el remedio –el fortalecimiento de la legislación en materia de propiedad privada y la apertura de los mercados– familiar del FMI. En el comienzo del libro sostiene que el crecimiento económico es una tendencia que puede ser proyectada sin inconveniente hacia el futuro; aunque la única base citada para sostener esta opinión es el Intergovernmental Panel on Climate Change. Incluso éste aconseja cierta cautela en sus predicciones –basadas en el Banco Mundial– de un crecimiento global mantenido y la convergencia entre el mundo desarrollado y el mundo en vías de desarrollo. Lomborg se suma de manera entusiasta a las predicciones pero desdeña la cautela.

Una valoración más seria de las vicisitudes del mundo en vías de desarrollo durante las décadas más recientes tendría que tomar en consideración las divergencias radicales existentes en la economía global durante este periodo. La industrialización registrada en América del Sur, en el sudeste asiático y en África durante las décadas de 1960 y 1970 logró éxitos en algunas áreas en parte gracias a la utilización de estrategias de sustitución de las importaciones y otras políticas de mercado nacionales y regionales. El advenimiento del modelo dictado por el Banco Mundial y la OMC desde la década de 1980 –la prohibición efectiva de la utilización de cualquier estrategia para proteger sectores de la economía nacional– ha expuesto aún más a estas economías débiles a los caprichos del capital global. Depender enteramente del mercado de la exportación ha llevado a eludir las cuestiones de la redistribución necesarias para incrementar el poder adquisitivo en el ámbito nacional; como resultado, estas economías dependen progresivamente de las fluctuaciones experimentadas en el centro. Contrariamente a las halagüeñas visiones de Lomborg, el efecto de conjunto de los programas de ajuste estructural impuestos durante las décadas de 1980 y 1990 a cerca de noventa economías en vías de desarrollo y en transición ha sido la institucionalización del estancamiento económico.

El *Human Development Report* de la ONU proporciona una buena visión de conjunto de los efectos de los últimos veinte años sobre 4.600 millones de personas que viven en el mundo en desarrollo. Hay 2.400 millones de personas sin acceso a una atención sanitaria básica; 1.200 millones viven con menos de un dólar diario y 880 millones son analfabetos. Durante el último cuarto de siglo la renta per cápita en los Estados árabes, en América Latina y en el Caribe creció por debajo del 1 por 100 anual, y en el África subsahariana efectivamente cayó un 1 por 100 anual; dieciséis economías en transición de Europa del Este y la CEI también han sufrido una reducción en la renta per cápita durante la década de 1990, en cuatro de ellas la reducción ha sido del 50 por 100 durante la última década. El *Global*

*Economic Prospects Report* (2002) del Banco Mundial muestra que, si excluimos a China, el número de personas que viven con menos de 2 dólares diarios continuó aumentando durante la década de 1990, alcanzando los 2.100 millones de personas. El Centre for Economic and Policy Research ha analizado varios indicadores durante las pasadas cuatro décadas: el grupo de países más pobres pasó de un crecimiento positivo del PIB en el periodo comprendido entre 1960 y 1980 a un crecimiento negativo entre 1980 y 2000; en cuanto al resto de grupos, se experimentó un crecimiento más lento durante el segundo periodo. La esperanza de vida y la mortalidad infantil se han regido por un patrón similar, al registrar una mejora mucho más lenta durante los últimos veinte años. Si bien Argentina ofrece actualmente el ejemplo más espectacular, el Consenso de Washington no se ha ocupado del desarrollo del mundo en su conjunto, y no hay razones empíricas para creer que empezará a hacerlo en el futuro.

Lomborg sólo dedica tres páginas a abordar la desigualdad en el planeta, a lo largo de las cuales defiende que es preferible el uso de una comparación basada en la paridad del poder adquisitivo (PPP) a una basada en los tipos de cambio; lo que arroja una proporción más reducida y, aparentemente, un tenue descenso de la desigualdad global durante las décadas de 1980 y 1970. Lomborg omite apreciar que el tipo medio de país en vías de desarrollo que utiliza está influenciado en gran medida por el relativo éxito del sur y este de Asia: el *2001 Human Development Report* muestra que el África subsahariana y los países menos desarrollados han sufrido un descenso, desde un PIB per cápita en 1960 consistente en un noveno de la elevada renta de los países de la OCDE a exactamente un decimotavo en 1998. Escasamente trata la desigualdad vigente dentro de los países, una consideración crucial en la elaboración de pronósticos rigurosos sobre el crecimiento, que puede también afectar a las conexiones entre los indicadores de crecimiento y empobrecimiento medioambiental.

La desigualdad de los términos de intercambio que Lomborg pretende ignorar revela que la proporción entre el PIB per cápita del 20 por 100 de los países más ricos y el 20 por 100 de los más pobres sufrió un incremento de 30/1 en 1960 a 78/1 en 1994. Con los mercados agrícolas y de bienes primarios occidentales bloqueados por políticas proteccionistas, con las leyes de propiedad intelectual entorpeciendo la difusión de nuevos saberes y tecnologías y con el mantenimiento de los pobres resultados económicos de los últimos veinte años, las perspectivas de crecimiento en el mundo en vías de desarrollo se presentan inciertas, por no decir algo peor. Debido a la debilidad económica relativa, el Sur es incapaz de resarcirse actuando en contra del proteccionismo practicado por Estados Unidos y por la Unión Europea o de protestar de modo efectivo contra un sistema de mercado mundial amañado. El nivel de desigualdad global es probable que también origine un incremento de la inestabilidad política y económica, tanto nacional como internacional. Debido al papel crucial dado a las previsiones del Banco Mundial a lo largo de *The Sceptical*

*Enviromentalist*, Lomborg haría bien en examinar sus fuentes; a diferencia de las estadísticas sobre la deforestación, no basta meramente con citarlas.

El empeoramiento de los indicadores es más claro en aquellas regiones que han sido dejadas atrás por los últimos veinte años de «desarrollo» económico. Como revela el reciente *Environment Report, GEO-3* de la ONU, este hecho ha sido oscurecido por la utilización de promedios transversales de todo el mundo en vías de desarrollo. Una injusta distribución de la tierra, el aumento de la población y la generalización de la pobreza en África han llevado a una grave erosión del suelo y a una tasa de deforestación anual del 0,7 por 100. Un cuarto del total de la superficie de la Tierra está en riesgo de desertificación. El Amazonas brasileño, la selva tropical mayor del mundo, se ha visto reducido en un 10 por 100 en los últimos veinte años, sufriendo un aceleramiento de la tala de árboles durante la década de 1990. Una capa formada por una nube de contaminación marrón, medida por primera vez en 1999, ahora cubre gran parte de Asia, reduciendo la luz del sol que llega a India en un 10 por 100; las emisiones de dióxido de azufre en la región se han incrementado en un 47 por 100 desde 1985, lo que comporta la propagación de los daños causados por la lluvia ácida. La captura abusiva de pescado ha conducido a que cerca del 70 por 100 de los bancos de pescado comercialmente relevantes haya sido clasificado como completamente capturado, sobreexplotado, agotado o en «lenta recuperación». La actividad militar, como las pruebas de armas de la Guerra Fría, también ha tenido un efecto devastador en algunas regiones. Estos fenómenos biorregionales son convenientemente ocultados por el énfasis de Lomborg en las estadísticas globales.

Otras tendencias mundiales también desafían las conclusiones de Lomborg. La concentración de CO<sub>2</sub> en la atmósfera es ahora de 330 partes por millón, un incremento del 30 por 100 desde 1750 que sigue en aumento. Actualmente el recalentamiento global se estima que ha producido un incremento de la temperatura media en todo el planeta de 0,6°C, y una subida de entre 10 y 20 cm en el nivel del mar. Lomborg sostiene que no ha habido un aumento notable en el número de accidentes climáticos extremos, pero otras fuentes difieren radicalmente. De acuerdo con la compañía de seguros Munich Re, el número de grandes desastres naturales durante la pasada década es tres veces más alto de lo que lo fue en la década de 1960 y el volumen de pérdidas económicas es nueve veces más alto: cerca de 100.000 millones de dólares sólo en 1999. El número de personas afectadas aumentó de 147 millones al año en la década de 1980 a 211 millones al año durante la de 1990, dos terceras partes de cuyos muertos proceden de países con bajos niveles de desarrollo. Lomborg intenta explicar esto indicando los incrementos en la densidad de población y en el crecimiento económico de las áreas afectadas; lo cual es parte de la razón, pero no desmiente el incremento en la frecuencia de los desastres hidrometeorológicos.

Quienes aceptan las optimistas predicciones del IPCC para el sur del planeta puede que todavía duden de la simplista conexión que Lomborg establece entre el crecimiento del PIB y la mejora de la calidad de vida y los indicadores medioambientales. Lomborg infravalora el papel de la intervención política basándose en un ejemplo insuficiente proporcionado por Julian Simon: un descenso en la polución del aire en las ciudades que no disponen de una Clean Air Act. Lo cual revela un arrogante desdén por la historia social del cambio medioambiental: la presión social que conduce a la regulación en un caso puede funcionar a través de otros canales. La polución del aire en la Inglaterra victoriana fue severa, provocó de 4 a 7 veces más muertes de personas que la polución global del aire en la década de 1990, y a medida que se extendió la Revolución Industrial, trayendo consigo el humo de las fábricas, los ciudadanos comenzaron a protestar. Con las demandas de un agua limpia y de salubridad urbana, las consecuencias indiscriminadas de la polución del aire supusieron que unas fuerzas sociales poderosas apoyaran la regulación, lo cual, a su vez, condujo a los avances tecnológicos en combustibles limpios y en la filtración que permitiera a la economía seguir funcionando. La presión política originó la toma de medidas medioambientales en Londres en 1956, y después más ampliamente en Norteamérica desde 1966, Europa occidental y Japón desde 1970 y Europa oriental desde la década de 1990. *Something New under the Sun* de John McNeill ofrece un buen análisis al respecto.

El registro del aumento y de la disminución de ciertos contaminantes a medida que una economía crece, conocido como la «curva medioambiental de Kuznetz», ha sido discutido pormenorizadamente por economistas y ecologistas. Hay muchas maneras de explicar esta relación: el aumento de la conciencia social y de la presión política, la regulación, el regreso a una escala tecnológica menos contaminante, y la tendencia del mundo rico a exportar las industrias de contaminación intensiva. Muchas de estas causas echarían por tierra la valoración de Lomborg acerca de que el crecimiento capitalista llevará a una mejora medioambiental. Si bien la producción de algunos contaminantes ha disminuido en algunas economías con un PIB en crecimiento, la complacencia de Lomborg va mucho más lejos de lo que permiten las evidencias. Una serie de tendencias económicas indica una aproximación más cautelosa: el desplazamiento de las industrias de contaminación intensiva al mundo en vías de desarrollo ocasionará un aumento de la toxicidad en estos lugares. Las fuerzas sociales en el centro de la economía-mundo capitalista fueron lo suficientemente fuertes como para exigir leyes medioambientales efectivas; aquellas presentes en la periferia de una economía global progresivamente desigual puede que no lo sean.

En la conclusión del libro, Lomborg cita un estudio de Harvard que atribuye un «coste por vida y año» a un abanico de medidas, desde los detectores de humo obligatorios (de coste inferior a cero) a los niveles de emisión de radiación en las plantas de energía nuclear (180 millones de dólares). Tales comparaciones en términos de coste y beneficio proporcionan la



trama estructuradora de las páginas del libro: las muertes de cáncer y la eutrofización de los lagos, causada por el aumento en el uso de fertilizantes y pesticidas, se contraponen al coste en el PIB de un cambio a la comida orgánica. Y el coste de adaptarse al cambio climático planetario se argumenta que es menor al que supondría mitigarlo. Aquí nos encontramos con la feliz unión de Lomborg en tanto que neoliberal y estadístico: los problemas que entraña la complejidad de la toma de decisiones políticas como mejor se solventan es evaluando las alternativas aplicando una escala común: el dinero.

Si bien Lomborg acierta cuando sostiene que los ecologistas necesitan sopesar sus demandas frente a otras medidas necesarias —la sanidad y el desempleo, por ejemplo—, esto no implica que «debamos comparar los costes y beneficios de todas las inversiones [medioambientales] con las inversiones equivalentes en todas las restantes áreas importantes del hacer humano». La credibilidad inicial del razonamiento de Lomborg descansa en el ejemplo del estudio de Harvard: dado el objetivo político de prevenir la muerte accidental, y los limitados fondos destinados a ello, aquélla parece una medida razonable. Pero el salvar vidas no es un fin político que tenga que colocarse al lado de otros como la mejora de la calidad de vida y la conservación del medio ambiente para futuras generaciones. Permitir el deterioro o la destrucción de un ecosistema local, aduciendo que el coste económico es menor que el beneficio económico, es un tipo de valoración cualitativamente diferente: es asumir que es posible poner un precio a los recursos naturales.

Aquí, las opiniones de Lomborg se inspiran en Garret Hardin, quien formuló un problema que llamó «la tragedia de los bienes públicos». Resumiendo, éste describe la sobreabstracción de la tierra de dominio público causada por los campesinos propietarios de ganado, y argumenta que el camino para garantizar un nivel de abrasión óptimo de la tierra es adjudicar derechos de propiedad concretos: cada agente puede entonces evaluar el coste marginal de la abrasión en su propia parcela frente al beneficio marginal. Aunque tanto Hardin como Julian Simon comparten la fe en la mano invisible del mercado, ambos discrepan vivamente sobre los efectos de un aumento de la población. Hardin sostiene, desde una concepción malthusiana, que cualquier redistribución de la riqueza, al final, sería perjudicial para todos: «cada vida salvada este año en un país pobre disminuye la calidad de vida de futuras generaciones». La solución preferible para Hardin a la tragedia de los bienes públicos fue atribuir derechos de propiedad sobre la tierra, pero el neoliberal de hoy también incluiría la opción de atribuir derechos de abrasión: cualquier cosa que permitiera al mercado asignar un precio al coste social de la actividad en cuestión. Según esta visión, todos los problemas medioambientales se deben a las externalidades que aún no tienen asignadas un precio.

Los recursos naturales pueden introducirse en los mercados si se crean derechos de propiedad comercializables (tales como los créditos de emi-

sión) o, alternativamente, si su valor puede fijarse indagando qué pagaría la gente si hubiera un mercado de estos bienes (o cuál sería la compensación que aceptarían por una pérdida medioambiental). Es evidente que los pobres aceptarían un precio más bajo que los ricos. El efecto de la aplicación generalizada de esta visión es profundamente antidemocrático: las decisiones sobre el medio ambiente natural compartido las tomarán quienes ya dominan el capital global antes que ninguna forma de diálogo político y proceso de toma de decisión. Una vez más, la credibilidad de este criterio se debe a los casos donde el objetivo inicial ha sido decidido de antemano; si algún otro proceso político ha establecido un fin, tal como un límite a las emisiones, entonces, los créditos comercializables representan un posible mecanismo para alcanzarlo. Pero esto no nos ayuda a evaluar el objetivo de tener energía barata frente al de tener un medio ambiente saludable. Si pedimos a los Ilaje en Nigeria calcular el coste de la destrucción de sus tierras y de sus ríos por Chevron, su resistencia está legitimada. Poner precio a los «servicios ecológicos» de una parte del medio ambiente no refleja fielmente su valor. Algunos valores son inconmensurables y es la premisa neoliberal de que se puede poner precio a *todo* en el mercado lo que permite a Lomborg desplazarse desde una «evaluación política» a la aplicación generalizada del análisis coste-beneficio.

Hay un problema relacionado con la forma que tiene Lomborg de «sopear» los temas medioambientales: las evaluaciones de costes malamente se ocuparán de cualquier riesgo de catástrofe. Lomborg intenta arreglárselas con esto diciendo que ya ha mostrado que «las catástrofes ecológicas a gran escala» son míticas. Lamentablemente, no lo hace: como mucho, ha admitido que situaciones como el calentamiento extremo del planeta son muy improbables; lo cual en absoluto es lo mismo. El método estadístico tradicional para tratar los pequeños riesgos de una gran catástrofe consiste en multiplicar el coste del desastre por el riesgo (fraccional), pero ésta es una base precaria para diseñar políticas. Debe quedar abierto a una sociedad democrática declarar el que cualquier riesgo reducible o eliminable sea inaceptable, por muy pequeño que sea. El calentamiento del planeta está dentro de esta categoría: el pronóstico optimista de Lomborg descansa sobre tantas variables cuestionables –las todavía inconclusas investigaciones que cita, las perspectivas económicas para el mundo en vías de desarrollo y el coste futuro de la energía renovable– que el riesgo que queda puede ser tal que el mundo debería elegir no asumirlo. Otros peligros potenciales que caerían dentro de esta categoría son los alimentos genéticamente modificados gracias a la posibilidad de transferir información genética, y la constante pérdida de la biodiversidad, que amenaza con la desestabilización ecológica y la pérdida de valiosas plantas y animales. Consideraciones similares son aplicables a escala regional o local, como darán testimonio los habitantes de Ogoniland y Chernobyl. Poner un precio a una «externalidad medioambiental» no recoge adecuadamente los escenarios de catástrofe u otras transformaciones cruciales que se dan en una ecología local o regional: estos temas deberían reser-

vase para la acción y la discusión política, antes que reducirse a inadecuados instrumentos del mercado.

Incluso la optimista lectura que hace Lomborg del panorama global reconoce que un surtido creciente de productos químicos están contaminando nuestros lagos y mares, que los principales bosques y la biodiversidad están reduciéndose sin interrupción y que el calentamiento del planeta por la acción del hombre ha empezado a hacer efecto. Su neoliberalismo evangélico conduce a una peligrosa complacencia sobre las tendencias futuras vigentes en el mundo en vías de desarrollo, y el barniz práctico que aplica a la evaluación política de los problemas del medio ambiente resulta ser inherentemente antidemocrático. Enfrentarse a los problemas puestos de relieve por el movimiento ecologista requiere una nueva mirada hacia la naturaleza de la discusión política y de la democracia, y Lomborg acierta cuando señala que el comienzo de este proceso es una mirada mesurada sobre el estado del planeta. Pero utilizar los análisis coste-beneficio para poner el proceso de toma de decisiones en manos del mercado, sin la adecuada deliberación de las razones por las que la sociedad debería elegir perseguir una serie de objetivos medioambientales y políticos, echa a perder el debate antes de que haya comenzado. Aunque uno sea pesimista y el otro optimista, ambos, Malthus y Lomborg, dejan a la sociedad con pocas elecciones colectivas y efectivas que tomar; la llamada de Hazlitt a rehabilitar otros valores podría aplicarse a cualquiera de los dos.